

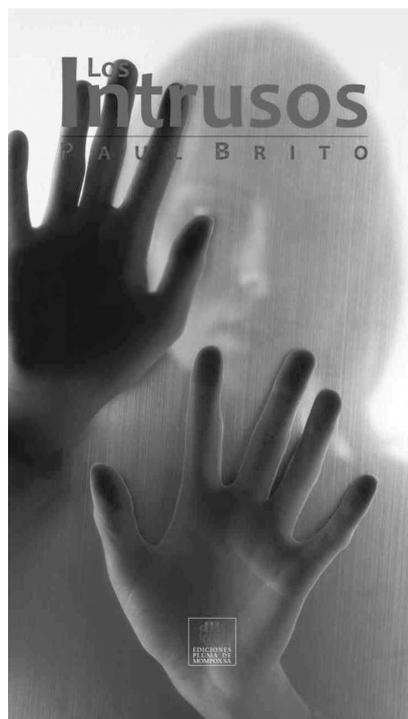
IN FOLIO

Extraños en el Paraíso¹

Por **Rodolfo Lara Mendoza**²
Universidad de Cartagena

Brito, Paul. (2001). *Los intrusos*. 2ed. Cartagena: Ediciones Pluma de Mompox, 112p.

Contemplan el drama que tras nuestra aparición sobre la Tierra ha tenido lugar entre la naturaleza y la cultura es suficiente para pensarnos como invasores de nuestro propio planeta, como extraños en el Paraíso. Reflexionar acerca de la decisión de nuestros padres de traernos al mundo sin nuestro consentimiento basta para reconocernos como intrusos y entender el matiz originario de esta palabra que hace referencia a eso que es empujado dentro de una situación que le es ajena, que es obligado a estar donde no ha sido invitado o no lo ha pedido.



En *Los intrusos*, del escritor barranquillero Paul Brito³ –un libro que reúne 15 relatos cuidadosamente enhebrados al tópico de la intrusión–, tiene lugar una revalo-

¹ Tomamos el título de la ya clásica cinta de Jim Jarmusch *Stranger than Paradise* (1984).

² Poeta y narrador cartagenero. Adelanta estudios de Filosofía en la Universidad de Cartagena. Tiene publicados los libros de poesía *Y pensar que aún nos falta esperar el invierno* (Ediciones Pluma de Mompox, 2011) y *Esquina de días contados* (IPCC, 2003). Otros textos en las antologías *El corazón habitado: últimos cuentos de amor en Colombia* (Editorial Algaida, 2010), *Al pie del agua: Memorias del Premio Nacional de Poesía Gustavo Ibarra Merlano* (Ediciones UTB, 2006) y *Venas abiertas: Memorias del segundo Festival de Poesía Alternativa de Riohacha*.

³ Paul Brito nace en Barranquilla en 1975. Ha sido Premio Nacional de Libro de Cuentos (UIS, 2007) y ganador del Concurso Internacional de Cuentos Noble Villa de Portugalete (Vizcaya, 2005). Su libro más reciente se titula *El ideal de Aquiles, 101 minicuentos para alcanzar a la tortuga* (Bogotá, 2010).

ración de esa experiencia, pues, en palabras del autor, “ningún relato se cumple a cabalidad si no aparece ese elemento ajeno a la narración que se inmiscuye azarosamente en el escenario y rompe con su racionalidad y secuencia imprimiéndole un movimiento real” (14). Es así como Brito hace uso del elemento de la intrusión para conferirle un nuevo dinamismo a la atmósfera de letargo o monotonía en la que se hallan sumidos los empleados de una oficina, los asistentes a un velorio o a una fiesta, o los habitantes del pueblo cerrado y conservador al que un osado personaje arriba con la esperanza de realizar su vida.

Este último es el caso del protagonista de “El forastero”, relato de no más de cuatro páginas en el cual, con una economía de lenguaje sorprendente, Brito logra configurar un ambiente hostil, donde el rechazo y la muerte le roban vitalidad y carnes, segundo a segundo, al caballo del protagonista, al tiempo que el amor va zurciendo con manos de mujer y perfume de amapolas su estado de ánimo, en esos instantes en los que la desesperanza parece abrir sus fauces para devorarlo:

El forastero salió a la calle con los ojos entrecerrados para protegerlos de la intensa luz. Su caballo, tendido en el suelo, parecía un costal de huesos. Lo arrastró como pudo hacia las afueras del pueblo. De pronto escuchó que lo llamaban. Era la misma joven del día anterior; despedía el mismo olor a amapolas. Le estaba ofreciendo una pala bajo la mirada sorprendida de los nativos que estaban cerca. El forastero la recibió agradecido quitándose el sombrero y siguió su camino sintiendo que lo que cargaba era el peso de todos los forasteros que venían después de él (80).

Con excepción de éste y otro relato titulado “El problema de llamarse Raúl”, en los que el espacio y el tiempo de lo narrado se trasladan al contexto del *western* americano, los relatos de *Los intrusos* abruma por la cercanía de los contextos en los que tienen lugar, pues con facilidad llega uno a tener el presentimiento, y también el temor, de que de un momento a otro aparecerá, en medio del paisaje en el que se desarrolla la historia, la fachada de nuestra propia casa o uno mismo rellenando en silencio el fondo de alguna inquietante escena, a la manera de los extras en alguna película de Alejandro Amenábar.

Pero “El forastero”, pese a enmarcarse en un contexto espacio-temporal diferente al nuestro, cobra validez y actualidad al ponernos en contacto con la experiencia contemporánea del inmigrante, la aventura de aquellos que en la difícil altura de estos tiempos se han

visto obligados a anclarse en tierra ajena, padeciendo en cualquiera de sus niveles el flagelo de la xenofobia. Reflexión comprensible en un autor como Paul Brito, quien comparte las nacionalidades colombiana y española, y ha tenido la suerte –o la desdicha– de vivir de cerca el drama de los latinoamericanos en Europa.

Y es que aun cuando la intrusión pareciera tener lugar aquí en la manida forma de un personaje que se inmiscuye en la vida de otros alterando de modo radical su situación, de la mano de este narrador el fenómeno de la intrusión se despoja en muchas ocasiones de ese carácter prosaico, revistiéndose de formas más poéticas y sutiles, o más oscuras e inquietantes, como ocurre en el relato titulado “Pesas y párpados”, donde tiene lugar la presencia de la muerte bajo la forma de una mujer de fría mirada e intenso olor a tierra húmeda, que ronda a un par de amigos que asisten a una fiesta de cumpleaños.

En otros relatos de este libro la intrusión se presenta tanto de forma material como inmaterial y concurre en la forma de un personaje y un símbolo, o en la forma de un personaje y un recuerdo. Así, en “Las ramas invisibles”, el tronco amputado de un árbol de mango se erige en símbolo de la ausencia de la abuela, símbolo intruso del pasado y de la esperanza futura, mientras que en “El venado” la intrusión es despojada de todo carácter material para presentarse en la forma de un recuerdo: el de un venado entrevistado en la niñez. Recuerdo que matiza otros recuerdos más oscuros, más pesados y nada placenteros, en torno a los cuales se va tejiendo este relato de tono melancólico. Por su sutileza e ingravidez, el recuerdo del venado recortado sobre el horizonte nos remite a aquella propuesta de Italo Calvino, de buscar elevarnos por encima de la pesadez y la opacidad del mundo, a bordo de una imagen cualquiera que se constituya en vehículo de levedad. Es así como ese sutil recuerdo asiste, a manera de bastón o soporte, a un personaje cuyas memorias más entrañables del pasado lo hacen trastabillar, pues lo remiten, en el mejor de los casos, a la ausencia misteriosa del padre, cuando no a su presencia escandalosa, incontinente y febril.

Pero también el intruso se convierte, en cuentos como “Miel y ya está”, más que en personaje o elemento de la historia, en parte de la estructura narrativa misma, al constituirse en vértice de esa otra historia que, como diría Ricardo Piglia, “emerge” a intervalos de la historia principal, hasta dar finalmente con su realización. En el caso de este relato, presentándose en la forma de un enfebrecido delirio con abejas africanas que nos permite especular, sin mucho acierto, sobre el posible desenlace de la historia de oficinistas que nos es contada.

En muchos de estos relatos el autor parece entregarnos lápiz y papel para que ensayemos el retrato psicológico de unos personajes que desnudan sus pensamientos sin pudor alguno y frente a los cuales vamos esbozando línea a línea ese estremecedor retrato donde, tal y como lo presagiara Borges en el epílogo de *El hacedor* (1960), acabamos por descubrir nuestra propia deformidad; ese rasgo tan caro a los dioses que nos hermana y coliga con seres tan extraños como la mujer que en “El beneficio de la lástima” llora en un bus la muerte de su madre, al tiempo que piensa en las ventajas que puede sacar de ese hecho, de ese inminente futuro que deberá incluir, según ella, al atractivo desconocido que viaja sentado a su lado y al cual podrá entregársele “sin el estigma de una madre alcohólica” (61).

En “El policía”, por su parte, nos encontramos con un ex guardián de la ley que, en el repaso mental de su drama, llega a solidarizar con la causa de un ladrón, al punto de no sorprenderse siquiera con la extraña decisión que toma en el momento en que aquél se dispone a despojarlo de sus pertenencias. Es en esta profundidad psicológica de sus personajes, y en la evolución que van teniendo a lo largo de sus respectivos dramas, donde parece radicar el secreto narrativo de Brito, autor del cual podemos tener plena certeza de que nos sorprenderá a futuro con una primera novela.

Su gran capacidad para abordar por medio de una historia las honduras del alma humana se pone de relieve en este libro, por cuyas páginas desfilan personajes que nos ayudan a entender nuestras propias contradicciones, pues pese a lo inhabitual de sus actitudes y respuestas, éstas hallan correspondencia clara con muchas de las que cada uno de nosotros en algún momento de nuestra vida ha tenido, al punto de permitir reconocernos en algunos de esos personajes que parecen decirnos desde el fondo de su desdicha: “tranquilo, amigo lector, que yo también he sido un extraño en el Paraíso, un intruso de mi propio corazón”.

Tal es el caso de Neyla, la protagonista del relato que da título al libro, quien desespera ante la responsabilidad que implica hacerse cargo, en la vejez y en la enfermedad, de Hernanda, su empleada doméstica de toda una vida, al punto de acabar experimentando todo un cúmulo de emociones encontradas que la llevan a ver a Hernanda como a una intrusa y una usurpadora, y a padecer una profunda crisis psicótica en medio de la cual todo el mundo, incluida ella misma, aparece ante sus ojos como un intruso más:

Despertó lustrosa y bañada en sudor, un sudor blanco por efecto del polvo que se había untado. Por un momento pensó

que se estaba derritiendo. Se levantó de la cama, encendió la luz y se miró en el espejo del tocador. El espejo le devolvía una imagen extraña y fantasmal. Parecía un embrión, una muñeca de cera, una vela usada. Se imaginó que así iba a ser cuando estuviera muerta (53).

Y si en términos generales ser intrusos consiste en hacer presencia, por voluntad propia o ajena, en ese evento al que no hemos sido invitados, aquí les hago extensa una invitación: leer estos cuentos en los que, con incomparable calidad narrativa, Brito logra mostrarnos el alto nivel de contradicción presente en cada uno de nosotros. Contradicción que se manifiesta en todas esas ocasiones cuando nuestros pensamientos no coinciden con nuestros actos, o no están a la altura del drama del momento, y en virtud del repentino descubrimiento de ese desfase nos sentimos como intrusos de una vida que, aunque propia, parece no correspondernos, al menos mientras dura la contradicción.

Y es que, al igual que los personajes de este libro, en el descubrimiento del intruso que en determinados momentos de la vida llegamos a ser –no tanto para los demás, sino para nosotros mismos–, en la perplejidad de descubrirnos contradictorios o paradójicos, y pretender no serlo, puede que radique el secreto de nuestra fuerza, esa que por encima de toda adversidad o estancamiento le imprime dinamismo y belleza a la existencia humana, justificando con ello, de algún modo, nuestra extraña presencia en el Paraíso.

